

que me miraba con aire de benévola curiosidad:

—Decid á los extranjeros que en adelante vengán á visitar la torre, que un día, un joven italiano, pocas horas antes de salir para Castilla, saludando por última vez desde este balcón á la capital de Aragón, se ha descubierto la cabeza, así, y no pudiendo besar en la frente, uno á uno, á todos los descendientes de los héroes de 1809, ha dado un beso al guardián de la torre.

Y le dí el beso, y me lo devolvió, y me marché contento, y él también, y que se ría quien quiera.

*

Con esto me pareció que ya podía decir que había visto á Zaragoza, y volví á la fonda, reflexionando sobre mis impresiones. Pero me quedaba un antojo por satisfacer; tal era el tener un rato de conversación con algún zaragozano. Después de cenar, me fuí al café, donde encontré en seguida un arquitecto y un tendero, que entre sorbo y sorbo de chocolate, me expusieron el estado político de España y los medios más eficaces

«De conducir la nave al puerto».

Los dos pensaban de muy diverso modo. El tendero, que era un hombrecillo de nariz chata, con una tremenda verruga entre ceja y ceja, quería la república federal, sin transgresión alguna, aquella misma noche, antes de acostarse; pero ponía como condición, *sine qua non*, para prosperidad del nuevo gobierno: que se fusilase á Serrano, Sagasta y Zorrilla, convenciéndose de este modo, y una vez para siempre, que «no se chaceá con el pueblo español».

—Y su rey de usted—añadía volviéndose á mí, —el rey que ustedes nos han enviado (y perdone la franqueza con que le hablo, mi querido italiano), á ese rey, se le da un billete de primera clase para que pueda volver á la «hermosa Italia», donde corren mejores aires para los reyes. Somos españoles, perdone mi querido italiano (y me ponía

una mano en la rodilla), somos españoles, y no queremos extranjeros, ni crudos, ni asados.

—Me parece haberle comprendido. Y usted—preguntéle al arquitecto,—¿cómo cree que podría salvarse España?

—No hay más que un medio—contestóme con acento solemne;—república federal, y en este punto, estoy de acuerdo con mi compañero; pero con don Amadeo, presidente.

Y encogiéndose de hombros, continuó:

—Repito: con don Amadeo, presidente. Es el solo hombre que puede salvar la república; y no es ésta una opinión exclusivamente mía, pues son muchos los que piensan como yo. Don Amadeo haga entender á su padre que aquí, con la monarquía, nada se arregla, llame al gobierno á Castelar, Figueras y Pi y Margall, proclame la república, hágase elegir presidente, y diga á España: «Señores, ahora mando yo», y leña al que levante la cabeza. Y entonces tendremos la verdadera libertad.

El tendero, que no creía que la verdadera libertad consistiera en romperle á uno el bautismo, protestó con calor, dando lugar á que el otro replicara, y armándose una disputa que duró algún rato.

Se habló después de la reina, y el arquitecto declaró que á pesar de ser republicano, sentía por doña Victoria profundo respeto y ardiente admiración.

—Tiene mucho de aquí—dijo tocándose la frente.—¿Es verdad que sabe el griego?

—Sin duda—contesté.

—¿Has oído? ¿eh?—le preguntó á su amigo.

—Sí—contestó el tendero;—pero no se gobierna á España con el griego.

Concedió, con todo, que reina por reina, era preferible tener una que fuera docta y sabia, «digna de sentarse en el trono de Isabel la Católica», la cual, como todos saben, conocía el latín como el profesor más entendido, antes que una de esas reinas sin oficio, que sólo piensan en fiestas y

en favoritos. En una palabra; no quería ver en España la casa de Saboya; pero si algo le hablaba á favor suyo era el griego de la reina. ¡Qué republicano tan galante!

Tiene esta gente una generosidad de corazón y tal esfuerzo de ánimo que justifican la fama. El aragonés en España, es respetado. El pueblo de Madrid que critica á diestro y á siniestro á los españoles de todas las provincias; que llama rudos á los catalanes, vanos á los andaluces, feroces á los valencianos, miserables á los gallegos, ignorantes á los vascongados, trata con más reserva á los altivos hijos de Aragón, los cuales en el siglo XIX, han escrito con su propia sangre la página más gloriosa de la historia de España. El nombre de Zaragoza resuena en el pueblo como un grito de libertad, y en el ejército como un grito de guerra. Pero como no hay rosas sin espinas, esta noble provincia es un semillero de inquietos demagogos, de «guerrilleros», de tribunos, de gente de cabeza ardiente y de manos atrevidas, que dan mucho que hacer á todos los gobiernos. El gobierno debe tratar á Aragón como un hijo suspicaz y colérico, que si algo le molesta es capaz de echar la casa por la ventana.

*

La entrada del rey Amadeo en Zaragoza, y su breve permanencia allí en 1871, dieron lugar á algunos incidentes que merecen ser referidos, no sólo porque se refieren al príncipe, sino porque dan una elocuente prueba del carácter del pueblo. Vaya en primer término el discurso del alcalde que hizo tanto ruido en España y fuera de ella, y que quedará seguramente entre las tradiciones de Zaragoza, como un ejemplo clásico de audacia republicana.

El rey llegó por la tarde á la estación del ferrocarril, donde habían ido á esperarle, acompañados de inmensa muchedumbre, los representantes de muchos municipios, asociaciones y corporaciones

militares y civiles de varias ciudades de Aragón. Después de los gritos y aplausos de costumbre, reinó un profundo silencio y el alcalde de Zaragoza, leyó, con voz enfática, el siguiente discurso:

«Señor: No es mi modesta personalidad, no el hombre de convicciones profundamente republicanas; pero sí el alcalde de Zaragoza, elegido por el sacratísimo sufragio universal, quien, «por un deber imprescindible», se presenta á vos para ponerse á vuestras órdenes.

«Vais á entrar en el recinto de una ciudad, que, saciada de gloria, lleva el título de «siempre heroica»: una ciudad, que cuando corre peligro la integridad de la patria sabe ser nueva Numancia; una ciudad que humilló á los ejércitos napoleónicos en medio de sus triunfos. Zaragoza fué el centinela avanzado de la libertad; ningún gobierno le ha parecido nunca bastante liberal.

«Nunca en el pecho de ninguno de sus hijos tuvo jamás albergue la traición. Entrad, pues, en el recinto de Zaragoza. Si os faltara valor, no le necesitarais, porque los hijos de la siempre heroica madre son valientes á cara descubierta, é incapaces de una felonía. No habría escudo, ni ejército más poderoso para defenderos en estos momentos, que la lealtad de los descendientes de Palafox, pues hasta los enemigos hallan un sagrado asilo bajo los techos zaragozanos.

«Pensad y meditad que si seguís constantemente la senda de la justicia, si hacéis observar á todos las leyes de la más estrecha moralidad, si protegéis al productor que ha dado tanto hasta hoy, recibiendo tan poco; si sostenéis la verdad del sufragio; si Zaragoza y España os deben un día el cumplimiento de las sagradas aspiraciones de este gran pueblo que venís á conocer, «entonces podréis ostentar un título más hermoso» que el de rey. Podréis ser el primer ciudadano de la nación, y el más amado en Zaragoza, y la «república española», os deberá su completa felicidad».

A este discurso que venía á significar en resumidas cuentas:—No os reconocemos como Rey;

pero entrad sin cuidado que no os mataremos, porque los héroes no matan á traición; y si sois valiente y cumplís con vuestros deberes, pasaremos, tal vez, por sufriros como presidente de la República, contestó el rey con una sonrisa agrídulea, que quería decir:—¡Cuánta bondad!—y estrechó la mano del alcalde, dejando maravillados á todos los presentes.

El pueblo, dicen, le recibió con fiestas, y muchas señoras le arrojaron desde las ventanas poesías, coronas de flores, y palomas. En varios puntos el general Córdoba y el general Rosell, que le acompañaban, viéronse obligados á abrirle paso con sus caballos por entre la muchedumbre. Cuando entraba en el «Coso», una mujer del pueblo se le acercó para darle un memorial; el rey, que se había adelantado, lo notó, y se volvió, tomando el papel. Poco después, se le presentó un carbonero, alargándole su mano negra; el Rey la estrechó. En la plaza de Santa Eugenia fué recibido por una magnífica turba de enanos y gigantes, que le saludaron bailando ciertas danzas tradicionales, entre los gritos atronadores de la multitud. Así atravesó toda la ciudad. Al día siguiente, visitó la iglesia de Nuestra Señora del Pilar, los hospitales, las cárceles, la Plaza de Toros, y en todas partes fué festejado con entusiasmo casi monárquico, no sin disgusto del alcalde que le acompañaba, el cual hubiera querido seguramente que el pueblo se ciñera á la observancia del quinto mandamiento.—No matar,—sin ir más allá de su modesta promesa.

Lo mismo recibieron al rey en el camino de Zaragoza á Logroño; y en Logroño, en medio de una inmensa muchedumbre de paisanos, guardias nacionales, mujeres y niños, vió por la primera vez al venerable general Espartero. Apenas se vieron, uno corrió al encuentro del otro; el general buscó la mano del rey; pero éste le abrió los brazos. El pueblo dió un grito de alegría.

—Señor—dijo el ilustre soldado, con acento conmovido,—el pueblo os acoge con patriótico en-

tusiasmo, porque ve en su joven Monarca el más firme sostén de la libertad y de la independencia de la patria, y está seguro de que si los enemigos de nuestra ventura intentaran turbarla, Vuestra Majestad, á la cabeza del ejército y de la milicia ciudadana, sabría confundirlos y aniquilarlos. Mi quebrantada salud no me ha permitido ir á Madrid para felicitar á Vuestra Majestad y á su augusta esposa por su advenimiento al trono de San Fernando. Hoy lo hago, y repito una vez más que serviré fielmente á la persona de Vuestra Majestad como rey de España, elegido por la voluntad nacional. Señor, en esta ciudad tengo una modesta casa; os la ofrezco, rogándoos que la honréis con vuestra presencia.

Con estas palabras era saludado el nuevo rey por el más viejo y más amado, y más glorioso de sus súbditos. ¡Feliz augurio, al que los acontecimientos respondieron mal!

*

A eso de media noche fuí á un baile que se daba en un teatro de regulares dimensiones, en el «Coso», y á poca distancia de la plaza de la Constitución. Las máscaras eran feas y escasas; pero en cambio había un público numeroso, del cual, una tercera parte bailaba furiosamente. A no haber sido por el idioma, no hubiera tenido razón alguna para creerme en un teatro de España, y sí en uno de Italia. Hasta me parecía ver las mismas caras y oír el mismo clamoreo, la misma libertad de palabras, así como observar los mismos movimientos, pues también en España, como en Italia, degenera el baile en danza desenfrenada.

De las cien parejas que cruzaron rápidas por delante mis ojos, sólo el recuerdo de una quedó impreso en mi memoria: un joven de veinte años, alto, delgado, blanco, con dos grandes ojos negros, y una muchacha de la misma edad, morena como una andaluza. Ambos eran bellos y altivos,

CAPILLA ALFONSO XIII

vistiendo el antiguo traje aragonés; iban abrazados estrechamente, cara con cara, como si el uno quisiera respirar el aliento del otro, encendidos como dos amapolas y radiantes de alegría. Pasaban entre la multitud, lanzando á su alrededor miradas desdeñosas: más de mil ojos les seguían, acompañándoles un sordo murmullo de admiración y de envidia. Al salir del teatro esperé un momento para verles pasar, y después me fuí á la fonda solo y melancólico. Al día siguiente, al apuntar el alba, salía para Castilla la Vieja.

III

BURGOS

Para ir de Zaragoza á Burgos, capital de Castilla la Vieja, se recorre el valle del Ebro, atravesando una parte de Aragón y Navarra, hasta Miranda, ciudad situada en el camino de Francia que pasa por San Sebastián y Bayona.

El país está lleno de recuerdos históricos, monumentos, ruinas y nombres famosos: cada villa recuerda una batalla, cada provincia una guerra. En Tudela los franceses vencieron á Castaños; en Calahorra, Sertorio resistió á Pompeyo; en Navarrete, Enrique de Trastámara fué vencido por Pedro el Cruel. En Agoncillo vense vestigios de la ciudad de Egnon, ruinas de un acueducto romano en Alcanadre, y restos de un puente árabe en Logroño. La mente se fatiga con los recuerdos de tantos siglos y de tantos pueblos, y los ojos se cansan con la mente.

El aspecto de la campiña varía á cada momento. Se hallan junto á Zaragoza verdes y hermosos campos con algunas casas y sendas tortuosas, por las cuales se ven grupos de campesinos, envueltos en sus tapabocas ó mantas de diversos colores, cuando no algún carro ó alguna bestia de carga. Más lejos sólo se encuentran vastas y ondulantes llanuras desnudas, áridas, sin un árbol, sin un camino, y sólo de vez en cuando, y por un milagro se ve un pastor, una res, una cabaña,